

reseñas

Felipe Martínez-Pinzón

Carolina Alzate. *Soledad Acosta de Samper y el discurso letrado de género (1853-1881)*

Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2015. 172 pp.

Felipe Martínez-Pinzón es Assistant Professor en Brown University y PhD en Literatura latinoamericana de New York University. Es autor de *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)* y ha coeditado los volúmenes *Entre el humo y la niebla: guerra y cultura en América Latina* (con Javier Uriarte. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2016) y *Revisitar el costumbrismo: cosmopolitismo, pedagogías y modernización* (con Kari Soriano Salkjelsvik. Peter Lang, 2016). Correo electrónico: felipe_martinez-pinzon@brown.edu

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



RECIENTEMENTE, EN LOS estudios literarios decimonónicos, ha habido una vuelta al archivo. No solo para rescatar del injusto olvido importantes nombres del debate político del primer siglo republicano, sino para traer al foro, como problema cultural, las formas de consumo de la literatura y el rol de los periódicos en darles forma a ideas clave del siglo tales como nación, literatura nacional, frontera, “raza”, “género”, etc. El siglo XIX es un siglo de periódicos y no tanto, sobre todo en el Romanticismo, de novelas impresas. Géneros predilectos de la época, como el cuadro de costumbres, el poema (“en el álbum de la señorita X”) o la novela de folletín, se estructuraron en torno a la periodicidad, la cotidianidad y el afán coleccionista del siglo, una minuciosa voluntad que incentivaba a recolectar las piezas favoritas de los periódicos y a empastarlas para hacer libros destinados a la biblioteca personal a la manera de “*scrapbooks*” o álbumes de recortes.

El reciente libro de Carolina Alzate, *Soledad Acosta de Samper y el discurso letrado de género (1853-1881)*, es consciente de estos retos para la historiografía literaria decimonónica. A través de un persistente trabajo de revisión de periódicos y de archivos personales de Soledad Acosta de Samper, Alzate logra hacer una detallada y necesaria periodización de su obra, dando claridad a la compleja evolución intelectual de la mayor escritora colombiana del siglo XIX. Como parte de una generación de intelectuales nacionalistas que se propusieron construir una literatura nacional comprometida con una idea euroamericana, civilizatoria, de Colombia, Acosta de Samper, no solo por su género sino por la atención que prestó a este en las controversias por construir cuerpos republicanos, combatió y participó de lo que Alzate llama “el discurso letrado de género” (142). A través de las disciplinas instigadas por sensibilidades masculinistas de la época en contra de la escritura (y lectura) de mujeres –como es el caso de José María Vergara y Vergara–, Alzate muestra cómo a pesar de pertenecer a la élite de la época, Acosta de Samper combatió los silenciamientos, “docilizaciones” e imposiciones de los letrados contemporáneos. Fiel a una visión de la crítica literaria profundamente histórica, Alzate sabe que Acosta de Samper, como otros letrados de su generación, configuró su “yo” “en el contacto con el espacio americano y europeo” (127) y subalternizó por igual a las mujeres que a los hombres del “pueblo”. Sin embargo, más liberal que muchos escritores “radicales”, fue preocupación de Acosta despojar a la mujer de disciplinas civilizatorias masculinistas y hablar a favor de su educación y autonomía a través de ensayos, novelas, corresponsalías y cuadros de costumbres.

El máximo acierto del libro de Alzate está en reconstruir una sensibilidad romántica letrada de la cual, como toda su generación, Acosta de Samper hizo parte. A través de varios capítulos, Alzate compila un glosario de términos que dieron cuerpo a la escritura romántica. Empatía, entusiasmo, melancolía, honor o gloria, entre otras, son palabras que, desaparecidas de los debates de los escritores del siglo XX (y ni hablar del XXI), son fundamentales para entender las maneras en que los escritores de la segunda generación de republicanos le daban sentido a su agencia política. Aparejada con esta reconstrucción de una sensibilidad romántica, Alzate visita la impronta material del archivo de Acosta. De esta manera evalúa las consecuencias políticas que tuvo escribir un diario para una mujer que vivía en un ambiente cerrilmente católico; al igual que explora –de una manera muy sugerente– qué significaría remover el canon y pensar, no a *María* (1867) como novela nacional, sino a *Una holandesa en América* (1888) (recientemente editada por Alzate y Catharina Vallejo en un precioso volumen que reproduce la versión “soñada” por Acosta, con recortes de litografías usadas como ilustraciones para su novela a la manera de un “*scrapbook*”).

Esta sugerencia por repensar el canon, poderosa por lo impensada (hasta ahora), conllevaría replantearnos las metáforas nacionales que la literatura romántica ayudó a imaginar. Por ejemplo, América en *Una holandesa*, como nos lo recuerda Alzate, no sería un lugar idílico, intocado, sino siempre un sitio mediado por la literatura de viajes; la experiencia femenina no sería amordazada y la presencia inmigratoria europea no sería siempre ciegamente celebrada. Leer es ordenar, poner en sucesión y construir genealogías. Esta propuesta de Alzate reorganizaría todas las presunciones sobre paisaje, género y “raza” que hemos dado por sentadas en el primer siglo republicano.

Carolina Alzate ha dedicado buena parte de su tarea como intelectual a ampliar y hacer más compleja nuestra percepción del Romanticismo hispanoamericano. Este libro da firme cuenta de tal empeño. Su más reciente intervención nos brinda una visión del siglo XIX renovada y vigorizada, en la que se entreveran una detallada revisión de archivo con un refinado arsenal de interpretaciones en torno a las cuestiones centrales para el ímpetu organizador de cuerpos del Estado-Nación latinoamericano durante el medio siglo XIX.